

Léxico epoché

Quique Dámbora



Léxico epoché

novela

Quique Dámbora

Capítulo 1

En estado de crisis: comodidad "cero", lo que se dice "cero". A lo sumo, una horita tendrás por día cuando comience la novela de las dos de la tarde, y sientas que tu mundo entra en una tercera dimensión acompañando a tales personajes de la ficción. A la noche quizás tengas algo más de suerte, y te enganches con alguna repitidita de Schwarzenegger. Generalmente está de moda —cuando impera la crisis de la identidad— volver a ver la segunda de la saga "El juicio final" una y otra vez. "¡Al suelo!", John Connor perdido y asustado, y la trenza de maquinuelas en medio del corredor que es espeluznante. "Debe ser que a ésta película no le sobra nada, y es por eso que es un éxito", me decía mi padre.

—Nunca te deja de sorprender, ¿viste?

Me pregunto si en aquellos comentarios —como yo ahora— mi padre también no atravesaba una verdadera crisis de la identidad. Seguramente que por lo menos hubiese deseado tener la billetera de Arnold en momentos sumamente cruciales y difíciles de la economía familiar... Para los juanetes —ya se lo había dicho el doctor Milberg, clarito—, nada, Esthercita, lo que se dice "nada" de separadores y plantillas, porque a la larga eso va a dificultarte más el problema. Ya no iba a poder posar ni un solo segundo delante del carnicero para que éste la percibiera. Y acaso, ¿era eso lo que ella quería? No, claro que no.

—Hacéme caso... No te queda otra que la cirugía.

El doctor, con su insistencia pedagógica lo único que buscaba era que su paciente, mediante una intervención quirúrgica, pudiera tener muchos años más de buenas poses.

—Es mínimamente invasiva..., con decirte, mirá..., que no hacen faltan tornillos ni clavos...

En rigor, ninguna clase de implantes; en rigor, iba a verse fenómeno.

Hasta que pudo formarse aquella idea tan terrible, pero indudable, la de "tanto mi padre como mi madre han vivido verdaderas crisis de la identidad; uno buscando parecerse a una estrella de Hollywood, y la otra buscando la vindicación de un hombre fuera de la casa", Martín había soslayado aspectos considerables de la vida a tener en cuenta; ahora en cambio —inmerso ya en su lado más oscuro de su reciente bipolaridad— asumía que la vida era mucho más vanidosa y patética de lo que él se había imaginado.

—¿Por qué pensás que tu madre buscaba algo afuera de la casa, Martín?

—No lo sé. Supongo que mi padre comenzó a resultarle algo patético, y bueno...

Pero había algo que Martín buscaba destruir sin dejar siquiera rastro alguno. Y podrán pensar lo que quieran: en realidad le importaba un bledo. Desterrar a sus padres de cualquier evocación era el objetivo.

"Gracias papi por las flores, por las reivindicaciones, por los aplausos, tus recuerdos... Vos sabés, los hijos nunca te fallamos, y si mamá aún viviera, estaría tan orgullosa de nosotros..."

—Te duele la pobreza de tu niñez, Martín —La doctora Milberg vio que la vacuna era inminente porque la tristeza era inevitable.

Concepto atarácico aplicado a la una, a las dos y a las tres... Descansá, Martín, descansá, le había dicho, y cerró sus ojos...